

ANTONIO LÓPEZ EIRE: AMIGO Y MAESTRO

Nos ha dejado huérfanos el mejor de los amigos: Antonio López Eire. Catedrático de Griego, sabio en el sentido más amplio de la palabra y amigo fiel. Mi encuentro con él fue casual, en el otoño de 2005 formábamos parte de la Comisión de Investigación de la Junta de Castilla y León. Desde el primer momento descubrimos que teníamos sintonía. Él hablaba con claridad, con una voz cálida, amable, fraternal, podría haber sido un excelente locutor de radio, o lo que hubiera querido porque capacidad e inteligencia le sobrarian. Durante nuestras reuniones en la Comisión aprendí cómo se pueden hacer las críticas más fuertes y más demoledoras sin herir a nadie, sin generar conflictos, y también alabar alguna propuesta sin parecer lisonjero o partidista, porque él sabía mantener el justo medio aristotélico, algo que sólo está al alcance de los grandes hombres.

Pero más allá de la relación oficial, me encontré con alguien que se entusiasmaba con proyectos, con ideas, con la cultura, con el saber y con la vida. Porque Antonio ama la vida y todas las cosas que le ofrecía con pasión, disfrutaba ante un buen vino, una mesa bien surtida. Sabía escuchar y decir la palabra justa en el momento oportuno: dominaba los tiempos de la retórica, la oportunidad —el *kairós* griego— con una maestría que sólo en él he visto. Le propuse ir a dar una clase extraordinaria a mis alumnos. Muchos de ellos todavía lo recuerdan. Cumplió con ese deber, más por amistad que por otra razón, cada vez que le invitaba. Los alumnos quedaban fascinados con la facilidad con la que es expresaba, con la que relataba sucesos complicados, con la claridad expositiva de cuestiones intrincadas y complicadas. Y ellos se lo agradecían con aplausos y yo me sentía

orgullosa de ver cómo su amigo conectaba con un auditorio nada fácil y muy remiso a la participación.

En nuestros pocos encuentros, no muchos la verdad y lo siento, siempre fueron densos, llenos de sarcasmo, bromas y ciencia que fluía de su mente con la facilidad con la que nace el agua de la fuente: como algo natural, sin esfuerzo. Siempre pensamos en organizar un congreso sobre política y retórica, pero la vida en este requebro último nos impidió realizar aquel sueño. Mientras fantaseábamos me enseñó algo que atesoraré toda mi vida. Enseñar tiene como fin primordial la siembra de conocimientos. Esto supone cruzar la frontera que da acceso al desarrollo en libertad de la inteligencia, y porque está presente la libertad, enseñar no es amaestrar. La inteligencia humana tiene una sublime capacidad para adquirir la adecuada calidad de la enseñanza y procurar que se valore su rendimiento de acuerdo con criterios objetivos.

Durante estos tres años de amistad, de magisterio en las más diversas ramas del saber, comentábamos mis trabajos. La traducción de la *Ética a Nicómaco* en la que él me ayudó corrigiendo yerros y desvaríos de un no filólogo. Cuando la vio terminada, lista para enviar a la imprenta el infolio me dijo: “lo has conseguido y has triunfado”, y me atreví a corregirle en aquel mayo soleado de Salamanca, “hemos triunfado” porque sin su magisterio e inestimable ayuda -más allá de lo profesional- jamás habría culminado con éxito el proceso. Su ayuda sirvió para asegurar cada paso, satisfacer cada necesidad y a superar los desalientos, él se mantuvo en un segundo lugar, como no queriendo estar, pero siendo la sal de todo el proyecto.

En estos irrepetibles años intimamos, nos hicimos amigos, hablamos de muchas ilusiones, desilusiones, afanes y proyectos. Él me ayudó en momentos complicados, y yo sólo fui un consumidor de su tiempo, de su afecto de su gran y comprensiva humanidad. A veces lo llamaba sólo para saber que un hombre bueno seguía tras el teléfono y que podía contar con tu aliento y amistad. No olvidaré los días de entonces, de las conversaciones de las tardes frías de invierno

paseando por Valladolid, o las interminables charlas en su despacho de la Facultad, o en caballerizas con otros colegas.

Antonio era un profesor universitario que llenó su vida profesional procurando mejorar la docencia y la investigación científica de una rama del saber humano: la Filología Griega. Pero no sucumbió a un proceso que se da con frecuencia: el avance de la ciencia produce, entre otras consecuencias, la continua especialización de los conocimientos y la parcelación de los saberes que se deben transmitir a los estudiantes. El crecimiento de la ciencia aumenta las posibilidades de adquirir sabiduría, pero también supone mayor dificultad para los alumnos al incrementarse los conocimientos que se les exigen. Sin embargo, Antonio los asimilaba y los hacía comprensibles. Siempre le faltaba tiempo para enseñar lo más destacado de cuanto la investigación descubría, para educar en el avance de la filología.

Antonio como profesor universitario no agotaba su misión docente con el hecho de transmitir conocimientos científicos; enseñaba formas de comportamiento positivo que contribuían a resolver las deficiencias de la sociedad que nos ha tocado vivir. En este punto es oportuno señalar que vivimos en una época de la cultura proclive a la ignorancia del sabio. No se trata de una simple paradoja; es algo importante, de manera especial en la educación universitaria. Esta clase de ignorancia es tan sutil como encubierta, pero muy pertinaz. Se adueña de aquellas mentes que polarizan todo su esfuerzo intelectual en una minúscula área del saber humano, y abandonan con desdén los ámbitos del conocimiento que miran directamente al bien común. Por fortuna ya se está generalizando la opinión de que para estos sabios aparentes, o ignorantes ocultos, el lugar de trabajo más adecuado no es la Universidad, y Antonio lo ponía de relieve con la serenidad pero la contundencia del que no participaba ni se veía coaccionado por esa mediocridad.

Todos sabemos que la ciencia humana es fruto del tenaz esfuerzo del hombre. Pretender una utópica asepsia de pensamiento en el quehacer investigador y docente, encapsulando el trabajo universitario en el vacío de ideas fundamentales para la convivencia

humana, es defraudar a la Universidad. Supone incurrir en el fraude de desligar la ciencia de la vida, por eso Antonio estudiaba todos los días y tenía la capacidad para distinguir el lastre intelectual de lo que constituye el patrimonio cultural imperecedero. En este punto, no es posible ignorar una tendencia -que se podría denominar frivolidad- que parece olvidar los logros del pasado y se siente como hipnotizada por todo cuanto traiga aires de novedad. Ciertamente, la Universidad no debe ser el gran anticuario de ideas cuyo único valor sea su vejez; pero tampoco es el lugar donde sólo tenga cabida la última aventura del pensamiento humano. Antonio sabía vivir la vida universitaria que exige conjugar la imaginación audaz con la ponderada serenidad de espíritu. Si tan sólo hubiera contado con la imaginación, habría corrido el peligro de verse arrollado por los acontecimientos irreflexivos, algo que estaba alejado de su forma de ser y de su manera de actuar.

El maestro sabía ponderar los avances de las ciencias, y entendió que los adelantos tecnológicos imponía al hombre de hoy el gravoso canon de la prisa en su vivir. Quizá los afanes de continuo cambio sean el reflejo intelectual de un progreso prioritariamente tecnológico donde el pensamiento se encuentra sometido al vértigo de lo inestable. En estas circunstancias, aconsejaba que el profesor universitario debía recordar que su deber era rendir cuentas a la sociedad por los frutos personales recogidos. Esta actitud supone renunciar de antemano al agradecimiento, pues quien deposita la semilla del saber en las inteligencias, labora sin derecho a cosechar. En esa renuncia radica una de las grandezas del magisterio, del oficio de Antonio, porque él comentaba que si algún día, con el paso del tiempo, oía que la gratitud llamaba a su puerta, la recibiría con la íntima sorpresa de quien no se considera acreedor de aplausos. Y esta fue una característica de Antonio: renuncia al halago; espíritu de servicio a la verdad; tutela del pasado valioso, abriendo las puertas al progreso intelectual.

Quien hubiera conocido a Antonio sabía que vibraba con cualquier manifestación de cariño, con cualquier tema del que se pudiera hablar libremente: las plumas estilográficas, los ordenadores Apple, el jazz, la música moderna, todo le interesaba. Antonio era

un hombre que sabía amar a todos y a todo. Y ese afecto contagioso se transmitía a lo que hacía: las clases, sus trabajos de investigación, sus evaluaciones, sus conversaciones, sus amigos, porque su corazón era tan grande que todos encontrábamos sitio y afecto con nuestras *cadaunadas*.

Sabía dar su tiempo con la generosidad del que está para servir a los demás y no ser servido. Muchos recuerdos se amontonan en mi mente, y otros, los más importantes, se asientan en el corazón y de estos no hablaré porque pertenecen a la intimidad. Antonio sé que te gustaba que te lo dijeran, te queremos y nos duele que te hayas ido, pero como dice mi segundo hijo, ¡así es la vida! Sé, no me cabe la menor duda, de que allá donde estés contaré siempre con tu afecto y tu comprensión, con tus ojos llenos de admiración cuando hablábamos de Economía, con tu ejemplo siempre presto a ayudar.

Te has ido en plena madurez, cuando se esperaban tus frutos más granados de su inmensa labor intelectual. Me siento un poco más solo en este piélago de la sabiduría que es el mundo griego, me siento huérfano, y espero algún día reanudar nuestras conversaciones -tenemos mucho de qué hablar amigo mío- en otro lugar más cómodo y sin mirar el reloj, ni cerrar las puertas, sin estar compelidos por las circunstancias.

Y burla burlando, como decía Lope de Vega, se me acaba el espacio del artículo, no sin antes recordar el verso de una copla de mi tierra sevillana: “Algo se muere en el alma cuando un amigo se va”. Nos queda como recuerdo tu figura de caballero, su entrega al oficio universitario, tus inmensos y variados conocimientos. Y siento que nos han engañado a todos, la Biblioteca de Alejandría no se quemó, quedó atesorada en tu memoria, en tu mente que la abarcaba completa y sin límites. Que su ejemplo nos ayude, nos ilumine y nos guíe en este oficio que ciertamente él amó con pasión y al que se entregó sin límites ni cortapisas. Gracias Antonio.

Salvador Rus Rufino